

PASIÓN POR Leer

MILAGRO EN PARQUE CHAS

Inés Fernández Moreno

HORÓSCOPO FATAL

Andrés Mazzeo

“Milagro en Parque Chas” de Inés Fernandez Moreno.
© Inés Fernandez Moreno.

“Horóscopo fatal” de Andrés Mazzeo.
© Andrés Mazzeo.

Foto de tapa: Juan Carlos Caminiti
Diseño de tapa y colección: Plan Nacional de Lectura 2010
Colección: Pasión por leer



Ministerio de Educación de la Nación
Secretaría de Educación
Plan Nacional de Lectura 2010
Pizzurno 935 (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires
Tel: (011) 4129-1075/1127
planlectura@me.gov.ar - www.planlectura.educ.ar

República Argentina, 2010

MILAGRO EN PARQUE CHAS

Inés Fernandez Moreno

Aquella noche, las calles de Parque Chas me recordaban más que nunca el cementerio de La Chacarita. Esas módicas casitas de la calle Berlín o Varsovia, de ventanas estrechas y muros grises, se correspondían indudablemente con aquellas bóvedas de mármol y piedra del cementerio vecino. Unas casas un poco más reducidas al fin y al cabo, un poco más silenciosas, pero esencialmente iguales.

Bóveda o casita, allí estaba la misma orgullosa clausura de la propiedad privada, el mismo persistente deseo de jardinete adelante, de cantero florido, la misma respetuosa interdicción en el umbral. Hasta los enanitos de jardín y los perros de terraza mantenían su parentesco con ciertas figuras de vírgenes o de ángeles guardianes en lo alto de los mausoleos.

Admito que yo estaba deprimido.

Hacía pocos días que me había quedado sin trabajo y los brasileños estaban ganándonos uno a cero en la ronda final de la Copa América. Así me lo decía la voz del relator que me tala-draba el cerebro a través de los auriculares del walkman. Por eso, tal vez, aquella nube de pensamientos fúnebres se las arreglaba para trabajarme el ánimo, en segundo plano, pero en una unívoca dirección de melancolía y derrota.

Llegué hasta la avenida Triunvirato en busca de un quiosco abierto para comprar cigarrillos y me detuve frente a la vidriera de una casa de artículos para el hogar.

Un grupo de seis o siete hombres seguía las alternativas del partido a través de varias pantallas encendidas. Siempre me ha producido cierta desazón ver a estos solitarios, es fácil imaginarlos con hambre, con frío, sometidos a un deseo que se conforma con las migajas del confort. Pese a todo, en medio del abandono y la luz mortecina de la avenida, el grupo resultaba una isla esperanzada de humanidad.

Me paré detrás de todos y me dejé magnetizar como ellos por las imágenes mudas de la pantalla. Yo tenía la dudosa ventaja

del sonido, con la voz del relator puntuando el movimiento de los jugadores. Es decir: los errores de nuestra selección y el avance avasallante de los brasileños.

Súbitamente las luces parpadearon, las pantallas dejaron ver un último destello luminoso y después se oscurecieron por completo, dejándonos desconsolados y boqueando como cachorros a los que hubieran arrancado de su teta. No sé por qué razón, tal vez porque yo era el que había llegado último, todas las caras se volvieron hacia mí. Levanté los hombros, un poco desconcertado.

–Se debe haber cortado una fase, aventuré.

Me siguieron mirando. Qué querían de mí, yo de electricidad, sabía poco y nada.

–Vamos hombre, aclaró por fin un viejo de boina gris, diga usted, que está conectado, cómo va el partido.

Todos hemos tenido, de chicos, la fantasía de ser relatores de fútbol, todos hemos intentado alguna vez alcanzar la portentosa velocidad necesaria para seguir la carrera de una pelota y la de los jugadores tras ella. No lo niego. Pero verme lanzado así a relatar, de buenas a primeras, era otra cosa.

Algunos avanzaron un paso hacia mí, no supe entonces si en actitud amenazante o más bien como buscando una mejor ubicación. Los miré. Vi en primer plano a un muchachito ojeroso envuelto en una bufanda verde, a un morocho corpulento de campera de cuero, a un hombre rubio de cara gastada con el diario doblado bajo el brazo...

Eran hombres abatidos, lo suficientemente castigados por los políticos, por la falta de trabajo, de esperanzas, por la torpeza de nuestra selección y ahora, además, por ese corte inesperado que los dejaba otra vez afuera del partido.

Era un deber solidario agarrar esa pelota.

Empecé tímidamente a reproducir las palabras del relator.

–... Qué bien la hizo el brasileño... –dije– ... qué precisión... el indirecto es para Carvalho... se viene menganito... menganito... zutanito... el puntero cabecea con el parietal izquierdo... centro chanfleado... busca la cabeza del número 9... pelota en el área... peligro de gol...

Apenas iniciado el relato pude notar cómo las palabras, entumecidas al principio, se daban calor unas a otras, cómo se volvían resueltas y hasta temerarias –ya me lo había comentado un amigo que estudiaba teatro, la voz emitida públicamente se anima de otra fuerza, se enamora de su propio arrullo y termina haciendo su propio juego.

Fui casi el primer sorprendido cuando en lugar de cantar el poderoso gol de Gonçalves con el que Brasil se ponía dos a cero, desvié unos centímetros la pelota en el aire y la hice pegar contra el travesaño.

–... Pega la pelota contra el travesaño... –dije– increíble, señores –agregué–, increíble... Argentina se salva por milagro de un nuevo gol del jugador carioca.

Mi tribuna suspiró aliviada y yo seguí adelante.

–... Viene el Zurdo... toca para Angelini... Angelini para Pedrete... Pedrete para Pascualito... Pascualito... Pascualitooooo...

La ofensiva argentina hubiera continuado limpiamente su avance si no fuera por Quindim, el marcador brasileño, un mulato enorme que se desliza como una anguila.

–Se cruza por su derecha, traba con Pascualito, quita y de un tiro largo pone el esférico en el área de los argentinos...

No resultó igual de fácil desviar la dirección en que rodaban mis palabras. De manera que dije:

–Se cruza Quindim por la derecha, intenta trabar... Pascualito lo gambetea... el mulato cae y rueda sobre la gramilla... y ya nadie lo para a Pascualito que ahora llega hasta el área chica, patea y ¡goooooooool! ¡gooooooooooooooooooooooooooooooooooooo!!!! ¡de Argentinaaaa!!!!... –canto– que se pone uno a uno con los brasileños...., ¡graaaande Pascualito!!! –apunto, ganado sinceramente por la emoción del empate.

Mi tribuna salta de alegría. El grito crece hasta estremecer la impávida quietud de Triunvirato.

El jubilado se saca la boina gris y la agita en un arco enorme, como si quisiera saludar con ella al universo entero.

El pibe ojeroso de la bufanda se abalanza sobre la espalda del morocho que lo agarra de las piernas y le hace dar varias

vueltas a caballito. Más atrás, un grupo de tres o cuatro se abrazan y saltan rítmicamente. Yo mismo corro hacia la esquina con los brazos en alto. Un motociclista, contagiado por el entusiasmo se detiene en el semáforo y hace sonar su bocina.

El festejo se silencia apenas retomo el relato, pero persiste en los ojos brillantes y la actitud expectante del grupo.

Con un vértigo de angustia entiendo que todo ha quedado ahora en mis manos, en mi voz. Que puedo hacerlos caer nuevamente en el desconsuelo o hacerlos vivir momentos de gloria.

Promediando el segundo tiempo, empujados por el frío y el entusiasmo, nos desplazamos por Triunvirato hacia La Haya. Yo voy delante, seguido siempre por la barra, consignando cada vez con mayor profesionalismo el increíble vuelco de la selección argentina.

Me basta con corregir apenas al relator. Cuando habla del avance seguro "de los brasileños", digo "de los argentinos", cuando dice "Bertotto se durmió en el pase", digo "Das Portas" se durmió, cuando dice "Uhhh, cómo se comió esa pelota el arquero argentino", digo "Uhhh, cómo se la comió el arquero carioca".

Una pareja que se besa lentamente en La Haya se suma a la hinchada. En Berna, un viejo en silla de ruedas se asoma a la puerta y nos aplaude. Un hombre que está paseando dos perros salchicha por las veredas de Berlín empieza a seguirnos. Una mujer desmelenada, en pantuflas, corre por Varsovia y nos alcanza. Dos pibes que están fumando un porro en Amsterdam también. Como en el flautista de Hamelín, el despliegue armónico y consistente de la selección argentina resulta una música irresistible.

Llegamos a la Plaza Éxodo Jujeño. Aunque el verano ya ha quedado atrás, hay en el aire un recuerdo de jazmines. Dejo entonces de escuchar al relator, a aquel que sólo me hablaba a mí, con la voz soberbia y estridente de quien se cree dueño de la verdad. No lo necesito. Me irrita con su voz chabacana y sus goles mentirosos. Ellos, los de mi grey, sólo escuchan mi voz, ven a través de mis palabras, se elevan y gozan y temen pero sólo para volver a gozar porque, como nunca, la acción se ajus-

ta a una estrategia inteligente y rigurosa: los delanteros atacan, los defensores defienden, los arqueros atajan.

Los errores brasileños, en cambio, se multiplican.

Equivocan los pases, se comen los amagues, arman mal en la línea de fondo, erran dos penales imperdibles...

El equipo argentino se perfecciona, se vuelve imaginativo, deja jugadas -un caño, un taquito, un gol de media cancha- que podrán recordarse por años. Los goles, en esa fiesta de grandeza, son casi lo de menos y llegan con asombrosa puntualidad. Ganamos cinco a uno.

Ni la niebla que desciende sobre el Parque, ni la pobre claridad de los faroles, logran opacar la alegría. Por el contrario, les confieren a los abrazos, a las camperas y las bufandas desplegadas, a las manos que se agitan, a los que caen de rodillas, se santiguan y se besan y cantan y bailan, una dimensión de misteriosa epopeya.

Parque Chas es territorio liberado, y lo ha sido por la vibración de mis palabras, por las imágenes que ellas han convocado frente a todos aquellos ojos.

El frío aprieta y la hinchada por fin se dispersa lentamente. Yo camino a la deriva. Voy como entre nubes, agotado, pero sereno y orgulloso.

Una lucecita, como una boya, me guía hasta el quiosco de Gándara y Tréveris que ahora está abierto.

-Antes no estaba abierto -le comento al quiosquero.

-Las cosas cambian -me comenta con filosofía-. ¿No vio acaso cómo terminó el partido?

Lo dice con una sonrisa que bastaría para iluminar el barrio entero.

-Todos lo vieron -digo yo, tratando de recordar su rostro entre los hombres de mi hinchada.

Después le cabeceo un saludo y sigo mi camino.

Lanzo hacia el cielo una bocanada de humo que se prolonga en una nube tenue de vapor.

En el techo de una casita gira locamente una figura oscura. Es una veleta. Un perro de azotea. Un ángel que festeja el milagro de Parque Chas.

HORÓSCOPO FATAL

Andrés Mazzeo

El encuentro se encaminaba hacia un 0 a 0 inevitable, cuando el árbitro hizo sonar el silbato señalando el punto del penal. Oscar Marchese sintió entonces que el recuerdo de esa mañana se le clavaba en el estómago como una puñalada. Sentado a la mesa del comedor del hotel, en la concentración, mientras miraba el diario esperando que le sirvieran el desayuno, no había podido resistir la tentación de leer el horóscopo. Sabía que no tenía que hacerlo, por algo los días de partido eran los únicos en los que evitaba prestarle atención a lo que su signo le deparaba. Pero ese domingo, sin entender el porqué, la curiosidad había sido más fuerte que otras veces, y entonces leyó:

Acuario: *La gran dedicación que pone en sus actividades no le traerá las satisfacciones esperadas. Sus perspectivas laborales no pasan por un buen momento. Época favorable para buscar coincidencias con amigos. Sosiego en el amor.*

“La gran dedicación que pongo en mis actividades no me traerá las satisfacciones esperadas”, repitió para sí con angustia mientras se dirigía, casi instintivamente, a tomar la pelota entre sus manos para asumir su responsabilidad de siempre: ser el infalible ejecutor de los penales de su equipo.

“La gran dedicación...”, se dijo una vez más, mientras se recordaba luego de los entrenamientos pateando solo, desde distintas posiciones, una y otra vez, arriba y abajo, al ángulo derecho y al izquierdo, de chanfle y de tres dedos. Una, diez, cien veces, hasta alcanzar una precisión admirable.

Se supo el centro de todas las miradas y el depositario de la fe de todo su equipo, su técnico y especialmente de todos esos hinchas a los que se había ganado a fuerza de goles y centros

servidos para la llegada de sus compañeros. ¡Si habían metido goles esos turros de Martínez y el Cabezón Acosta, gracias a sus pases!

Siempre se había tenido una confianza ciega, pero esta vez era diferente. Las palabras del horóscopo le sonaban como una premonición absurda. Intentó darse ánimo recordando tantas tardes de gloria como aquella vez en la que habían ganado el campeonato con un tiro libre suyo desde treinta metros.

¡Qué lejos le parecían ahora aquellos momentos! Si hasta le daban ganas de sumarse a las protestas de los contrarios, que intentaban en vano convencer al árbitro de que la mano del defensor no había sido intencional.

Colocó la pelota en el punto del penal mientras repasaba mentalmente si había cumplido con todas sus cábalas: como todos los viernes a la noche, su mujer le había preparado milanesas; en el viaje a la cancha se había sentado en la penúltima fila, del lado del pasillo, para dirigir los cantitos de sus compañeros; en el vestuario había intercambiado los calzoncillos con el Chango Peña; y, por último, había entrado a la cancha con el pie derecho mientras disimuladamente (porque estos de la tele te escrachan enseguida y te hacen quedar como un boludo) se rozaba el testículo izquierdo por encima del pantalón. Todo parecía estar en orden. Pero de nada valía engañarse. Sabía que su destino estaba sellado.

–¡Señor! –le gritó el árbitro Castriota, mientras se acercaba con la tarjeta amarilla en la mano–. Está amonestado por hacer tiempo. ¡Patee de una vez!

Marchese tomó una carrera mucho más larga que la habitual cuando una pregunta pareció darle una tenue luz de esperanza: ¿De qué signo sería el arquero? Porque si también era de Acuario a él tampoco “la gran dedicación que ponía en sus actividades le traería las satisfacciones esperadas”, con lo que las posibilidades se igualarían. O quizás, mejor aún, fuera de Libra: “Postergue sus decisiones para un momento más oportuno”.

“Andá a que te posterguen este penal, forro”, se dijo para sí con más confianza. Pero, ¿de qué signo sería? Lo recordó salien-

do con vehemencia del arco al sancionarse el penal y discutiendo airadamente con el árbitro. “Evidentemente, es de un signo de fuego”, razonó. “Aries, Leo o Sagitario”. Pensó entonces que tal vez debiera tener anotados los signos de los arqueros contrarios, pero ya era tarde para eso.

–¡Váyase! –le indicó en medio del desconcierto general Castriota, mientras le mostraba la tarjeta roja.

Marchese inició la salida del campo de juego bajo una silbatina, pero inesperadamente dio media vuelta y se dirigió al referí. Cuando todos esperaban una agresión, con educación, le preguntó:

–Disculpe, señor, ¿qué día nació usted?

Sorprendido, Castriota dudó entre la respuesta correcta o una actitud autoritaria ante la posible burla, pero para evitar una situación aún más conflictiva, optó por lo primero.

–El 28 de abril de...

Marchese no necesitó oír más y reinició el camino hacia el vestuario. En el borde de la cancha, el periodista de la televisión lo inquirió presuroso:

–¿Qué te pasó, Marchese? ¿Por qué te expulsaron?

Con un gesto que denotaba fatalidad, Marchese contestó tajante:

–¿Qué querés? ¿Alguna vez viste a un acuariano y un taurino que se lleven bien?

INÉS FERNÁNDEZ MORENO

Inés Fernández Moreno nació en Buenos Aires en 1947, en una familia de grandes poetas (Baldomero y César Fernández Moreno). Se inició en literatura con un libro de relatos, *La vida en la cornisa*, editado en 1993 y por el que obtuvo el Segundo Premio Municipal de Literatura. En 1991 obtuvo el premio Juan Rulfo. Vivió en Francia y España. Colaboró además con la edición de la obra poética de su padre, César Fernández Moreno. En 1999 publicó su primera novela, *La última vez que maté a mi madre*, un relato familiar ácido y sin concesiones, en el que recrea la relación de madre e hija, cuyo trasfondo es la historia argentina reciente. Una variada gama de registros, donde campea el humor y el repliegue sutil, hacen desembocar el realismo inicial de sus cuentos en situaciones inesperadas y reveladoras. Actualmente reside y trabaja en Buenos Aires.

Libros publicados, entre otros: *La vida en la cornisa* (1993), *Un amor de agua* (1997), *La última vez que maté a mi madre* (1999), *Hombres como médanos* (2003).

ANDRÉS MAZZEO

Periodista, hoy se desempeña también como docente y director de estudios en la carrera de Periodismo Deportivo. Fue redactor de deportes del diario *La Prensa*, redactor especial de la revista *Pasión Deportiva* y realizó colaboraciones en las revistas *La Maga*, *El Toque*, *El Equipo de El Gráfico* y en la sección cultura de *La Prensa*. Entre 1993 y 1998 fue productor en el programa *Fútbol de Primera*, en el noticiero *La Red Deportiva TV* y en transmisiones de fútbol, básquetbol, boxeo, tenis, vóleybol y handball. Fue jefe de Prensa de la Federación Argentina de Vóleybol entre 2001 y 2003 y coordinador del centro Nacional de Prensa durante el Mundial de Vóleybol 2002.



**Ministerio de
Educación**
Presidencia de la Nación



**200 AÑOS
BICENTENARIO
ARGENTINO**

LECTURA PARA TOD@S

**PLAN NACIONAL
DE LECTURA**



PROGRAMA EDUCATIVO NACIONAL
PARA EL MEJORAMIENTO DE LA LECTURA



TV Pública
CANAL SIETE

Fútbol para tod@s